

AMERICA LATINA: ELECCIONES CON ABSTENCIONES, CORRUPCION Y FRAUDE.

Tomado de ALAI, Agence Latino Americaine D'information, año 2, Boletín No.11 marzo 1978.

Las recientes elecciones parlamentarias y presidenciales realizadas en Colombia, El Salvador y Guatemala, pusieron de relieve la permanencia de algunas formas del quehacer político tradicionales en América Latina: la corrupción política, el fraude y la violencia. En todos los casos, aunque bajo diferentes formas, la consulta electoral asumió las características de una formalidad destinada a garantizar la continuidad de los grupos en el poder.

Para alcanzar este objetivo los diversos grupos políticos y económicos utilizaron en mayor o menor medida todos los ingredientes necesarios para falsificar el sentido mismo del acto electoral. En cada caso la relación de fuerzas internas, sumado al grado de atención internacional y a la capacidad de denuncia y movilización de las fuerzas democráticas, determinaron los excesos o la moderación de los sectores dominantes.

En El Salvador, por ejemplo, la renovación del Parlamento y de los Concejos Municipales, transcurrió sin mayores alteraciones. La razón es muy simple: las elecciones estaban viciadas desde su inicio y en virtud de esto mismo, la principal fuerza opositora, la Unión Nacional de Oposición (UNO) decidió no participar. Anulada la presencia de la UNO, el oficialista Partido de Conciliación Nacional (PCN) podía "confiar" que la voluntad popular lo favorecería en un 100 por 100. Para la oposición salvadoreña, eliminadas las mismas garantías de participación, sólo quedaron dos caminos para expresarse: la abstención y la resistencia armada.

Las acciones de sabotaje perpetradas por las Fuerzas Populares de Liberación "Farabundo Martí", en las horas previas a la apertura de las mesas electorales, que cortaron el suministro de energía eléctrica en la capital y en varias ciudades del interior, resultaron ser las únicas demostraciones inmediatas de repudio a lo que denuncian como farsa electoral.

Los hechos ocurridos en Guatemala, significaron una síntesis de las situaciones antes enunciadas. Las fracciones

rivales, ligadas directamente a los grupos económicos poderosos no economizaron recursos para desvirtuar o quitar todo contenido de validez a las elecciones parlamentarias y presidenciales.

Guatemala tiene una población de seis millones y medio de habitantes y sólo 600 mil personas votaron para elegir las autoridades nacionales y municipales. La abstención sobrepasó el 60 por ciento, a pesar de que el 50 por ciento de los electores potenciales no se registraron en los padrones electorales. La marginación de la mayoría de la población de la consulta electoral no evitó el fraude y la violación ejercida por la derecha para forzar los resultados.

En Colombia, los partidos tradicionales no necesitaron recurrir a una cuota de violencia extraordinaria para garantizar su permanencia en el poder. Aunque el 72 por ciento de la población en edad de votar no participó en los comicios, la democracia colombiana ha recibido un "respaldo suficiente" para intentar sobrevivir otros cuatro años.

La marginación de la mayoría de la población latinoamericana del esquema institucional donde en principio debería expresarse, se corresponde con un doble fenómeno de marginalidad económico y social. Sobre esta base ha descansado hasta el presente el sistema que ha permitido a núcleos minoritarios disponer del control de los recursos y de las decisiones. El agotamiento de esta fórmula en todos los niveles de su aplicación ha conducido a la necesidad de reformularla. . . En principio se trata de liberar un conjunto de fuerzas económicas (ampliación de las relaciones capitalistas de producción) contenidas por grupos económicos arcaicos, una legislación atrasada y una metodología política fuera de tiempo, para intentar crear condiciones de participación política y social más adecuadas con el objetivo de proteger al sistema sacrificando intereses sectoriales. Es decir, sustituir una democracia raquílica y limitada, por una democracia restringida, sostenida por una base social incorporada al sistema. Ni una ni otra fórmula se propone, en consecuencia, tener en cuenta el interés de las grandes mayorías populares, para quienes, en todos los casos, la democracia sigue siendo un molde sin contenido.